

Hablamos con voz más segura y los chistes empiezan a ser audaces en el progresivo claror de la mañana.

Ya el sol está en el lomo del cerro, cae por el bosque, entra en el valle como un hachazo.

Los ponchos se desprenden de nuestros hombros, las golillas de nuestros cuellos.

La carne comida, el mate tomado, se esparcen en vida por nuestro cuerpo y bajamos al arroyo a lavarnos el rostro para quitarnos de encima el último rastro de noche.

Y el día es un milagro que bebemos como una hostia en el agua diamantina.

Nuestras camas vuelven a ser recado.

Uno de los caballos tiene en la cruz un agujero redondo y rojo. Un reguero de sangre se tiende por la paleta hasta el codillo.

Es la señal del vampiro, alma traidora de la noche.

Los coágulos, enredados en el pelo, se resisten a escurrirse bajo el lomo del cuchillo.

Desearíamos tener al bicho en nuestras manos para achatarle la trampa refregándosela en las espinas de una coronilla.

Y ya abandonamos nuestro campamento como un lecho usado, para irnos, de uno en fondo, viboreando como vértebras entre la selva.—
[RICARDO GÜIRALDES].

«ALGUNAS CARTAS INEDITAS DE GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA EXISTENTES EN EL MUSEO DEL EJERCITO» *

La inquieta mujer que es la Avellaneda no puede estar un instante sin amar. No le basta la inquietud que le proporciona la vida literaria, la continua inestabilidad de sus pretensiones ambiciosas; a los fracasos y a los triunfos como escritora va unida una constante actividad amorosa. Unas veces ella misma es quien va en busca del amor, otras un azar se lo procura.

A principios de este año de 1853, al parecer el 19 de marzo, un desconocido que se esconde bajo el seudónimo de Armand Carrel le escribe una carta que la seduce y la intriga. Carrel con Thiers y Miguet había fundado en Francia el periódico «Le National», desde donde se emprendió una campaña en pro de la Revolución de 1830. El autor de esta carta era Antonio Romero Ortiz, hombre ocho años más joven que la Avellaneda, nacido en Santiago en 1822, donde fue redactor del pe-

* Introducción de José Priego Fernández del Campo. Editorial Fundación Universitaria, Madrid, 1975, 70 pp.

riódico liberal «Santiago y a ellos», abogado con bufete en esta ciudad, y posteriormente establecido en Madrid, después de una vida agitada y tumultuosa, pues participó en la Revolución Gallega de 1846, y fue encarcelado. Tipo interesante y atrevido, en 1852, en compañía de Rúa Figueroa dirigía «La Nación», periódico del antiguo partido progresista.

¿Cómo se le ocurre a Navarro Ortiz dirigirse a la Avellaneda por carta de esta manera tan novelesca? El deseo de cartearse con una mujer famosa, quién sabe si la atracción de la aventura de este soltero que va camino de solterón, la fantasía epistolar a la que tan dados fueron los hombres y las mujeres del XIX, lleva a este hombre político a entrar en correspondencia con la escritora, pues al punto ella le corresponde.

La carta de Romero es una «carta bonita», y se ve que él es persona de ingenio, que escribe con chiste y originalidad. La Avellaneda cree adivinar quién pueda ser, aunque todas sus suposiciones sean equivocadas. Únicamente acierta cuando dice que es «persona de impresionable corazón y de cabeza ardiente».

En la segunda carta de la Avellaneda, fechada el 22 de marzo, bella como todas las suyas y que la consagran como una de las mejores epistológrafas de la literatura española, la escritora escribe frases impresionantes que caracterizan su personalidad. En una de ellas dice: «En cuanto a mis enemigos, ni los cuento ni los temo: Nací valiente aunque hembra.»

A continuación se extiende en una serie de consideraciones sobre lo extravagante de su carácter, que se presta al coqueteo, y aunque se reconoce rara, esa misma rareza le incita a seguir cartearse con su desconocido corresposnal.

A principios de abril las cartas de ambos se suceden, dando lugar a unos refinamientos epistolares deliciosos, como sólo fueron capaces de tenerlos los seres del siglo anterior, avezados a estas sutilezas sentimentales escritas. Hay el incentivo del antifaz. ¿Quién se esconde tras el seudónimo de Armand Carrel?

El 12 de abril la Avellaneda desea romper el incógnito, y le busca paseando por la Montaña del Príncipe Pío, por las aperturas del Prado, y acude a las lunetas del teatro del Príncipe, al Circo y al Variedades para verle. La situación en que se encuentra más que rara y graciosa empieza a parecerle «desatinada y funesta».

«En una novela —dice— lo que está pasando entre nosotros no carecería de cierto mérito (salvo el que las gentes de buen juicio calificasen a la protagonista de inverosímilmente loca), pero en el mundo real, del que por desgracia no puede uno salirse cuando quiere, en

el mundo real nuestra posición y la mía sobre todo me parece a mí misma bastante estafalaria y peligrosa y absurda. Comienzo a comprender que hice mal en contestar a la primera carta de Armando, y que he hecho otra cosa peor en hablarle y oírle anoche...

A mi edad, con mi talento, con mi experiencia, sería imperdonable si no alcanzase a salir airosa del mal paso en que me he metido, y, sin embargo, es lo cierto que no se me ocurre otro arbitrio que el de retroceder, so pena de hacerle ver a Armando que la mujer que parezca de mejores luces es quizá la más loca. Acaso no ha buscado él en mí sino la prueba de esta verdad.

En fin, lo hecho, hecho: no quiero ni sé arrepentirme. De todos modos es indudable que yo me aburría grandemente, y que Armando me ha sacado durante un mes de aquel marasmo del alma: me ha arrancado de las garras de aquel *infecundo tedio*; de aquel monstruo que me persigue...»

El 18 de abril, por la carta de la Avellaneda se ve que se ha iniciado el tuteo, que ella consideró siempre dulce y majestuoso. Sigue sin saber quién es el caballero misterioso de las epístolas, y su curiosidad va en aumento, aunque se inquiete ante la posibilidad de que el tal Armando sea un hombre casado, como para desconcertarla, él parece insinuar. En la carta se manifiestan los rasgos del temperamento violento de la Avellaneda, que son como imprevistos relámpagos en un cielo sombrío y amenazador.

«Si yo fuera tu mujer —le dice— te había de hacer pagar muy cara esa humorada inoportuna. Es verdad que yo sería una esposa tremenda si amaba a mi marido se entiende, porque soy celosa como una africana: celosa hasta de los pensamientos. Por eso me creo incapaz de enamorarme de hombre ajeno: no concibo la bigamia del corazón: quiero ser sola, única: todo o nada... Soy mujer de tal temple de alma que acaso sería capaz de amar a un pirata, a un bandido, a un fraile, si se me presentaba noblemente con la cara descubierta, a probarme que latía en su pecho un corazón varonil, capaz de amar como yo concibo el amor; pero todas las ilusiones que pudiera inspirarme el hombre más lleno de mérito y de gloria y de poder, se desvanecerían desde el momento en que viese en él falsedad y egoísmo y artificio mezquino.»

La Avellaneda, mujer violenta, de extremos pasionales, sólo de imaginar un posible engaño de un corresponsal al que todavía no conoce, enferma de «espleen y de misantropía», estados que eran frecuentes en ella, así como los arrebatos eufóricos, de entusiasmo amoroso. Recluida en su habitación, exige al desconocido amigo la presencia, en una cita para el domingo. Ya no puede resistir más el incógnito, después de

haber supuesto equivocadamente que el hombre en cuestión era H. García de Quevedo o Escosura.

La entrevista se celebra, porque el lunes 25 de abril la Avellaneda yace postrada en cama, bajo los efectos de la emoción que le ha causado una felicidad muy grande.

«Te rogué que me escribieses hoy aunque fuese una sola línea, un saludo matinal, y ha pasado medio día sin recibirlo. *Es preciso que andemos a la par*, me decías anoche: yo te lo digo hoy a ti. Me levanto sólo para escribirte, porque he pasado malísima noche, estoy enferma como preveía. Hace algún tiempo que me tiene dicho mi Esculapio que sólo evitando las emociones fuertes puedo recobrar la salud; que el reposo físico y moral es para mis males la mejor medicina. Estoy tocando la verdad de su receta: la felicidad que durante dos horas he gozado cerca de ti me ha hecho mucho daño, amigo mío; tanto daño que creo imposible dejar en todo el día mi alcoba y sólo por unos momentos mi cama. Si quieres conservar a tu amiga por algún tiempo en la tierra es necesario que le economices, por ahora, hasta las sensaciones de placer; que te acuerdes de que está físicamente enfermo su pobre corazón y que, como todo enfermo, apetece comúnmente lo que le hace más daño. Con todo, amigo mío, no creo pagar caro con mis padecimientos de hoy los dulces momentos de ayer, si bien siento más que nunca lo que te decía entonces. En efecto; ¿no es verdad que hay en el amor un no sé qué de angustioso y desconsolador? ¿No es verdad que la pobre naturaleza humana no encuentra nada en sí misma con que satisfacer el infinito anhelo de sus propias necesidades? ¿No sientes entre su deseo y su impotencia una lucha dolorosa que hace igualmente imposible el vivir sin amar y el amar sin morir?»

A partir de esta carta, el corresponsal que ya no es incógnito va a dejar de firmar con el seudónimo de Armand Carrel. Firmará solamente Antonio, a petición de la Avellaneda. De la carta de la escritora se deduce cómo son las cartas de Antonio, muy vehementes y fogosas, y algunas veces insinúan posibilidades que dan idea de la velocidad con que avanzaban estas relaciones que se habían iniciado apenas hacía un mes.

«Es cosa horrible —escribe la Avellaneda— que el alma esté asociada a este cuerpo miserable. Que para expresar las más altas aspiraciones de aquélla, tengamos que valernos del lenguaje de los hombres más comunes: que no alcance el amor más puro y más espiritual, otras satisfacciones que aquéllas que están a la disposición del más rudo patán. Esto se me ocurre a propósito de ciertas líneas de tu carta, en las que me dices cosas muy bellas y ardientes, pero que revelan y excitan sensaciones muy vulgares; muy corporales, contra cuyo poder

me irrito en vano. Hazte ángel, amigo mío; hazte ángel, aun cuando me quieras menos. Ten un idealismo superior a mi propio idealismo, porque de otro modo, ¿a dónde iremos a parar después de todo? ¿Cuál será el término de esta senda de poesía en la que concebimos ambos tan delicados perfumes? Oh, serías muy insensato si no supieses alejarte y alejarme de un límite prosaico y mezquino; porque eso que los tontos llaman *un triunfo*, para el hombre de alma es la decepción; es la prosa..., son los pies que lo ponen al *nivel* de todos los hombres y de todos los brutos. Sé muy espiritual, amigo mío, te lo pido en nombre de nuestra felicidad futura: no me ponderes tanto los encantos de un beso: un beso hace sentir lo mismo que a ti, al aguador que abastece tu casa. Háblame de aquellos goces del alma que no conciben sino los seres superiores. Dejaría de verte si creyese que después de todo lo que me has hecho soñar no quisieras ser para mí si no un hombre. No lo seas, no por tu vida; no lo seas nunca. No me arrebates mis últimas probabilidades de dicha, buscando su realización en lo que la desnaturaliza.»

Si hasta ahora la Avellaneda había dictado sus cartas a su vecina del entresuelo derecha, doña Eloísa Gattebled, viuda de Santa Coloma, ahora las escribe ella misma directamente, porque el lenguaje del corazón es tan vivo y expresivo que no necesita amanuense. Se trata de todos modos de que Antonio se haga presentar a esta señora por Lagrassa, uno de los visitantes, y también pueda visitarla al mismo tiempo que la Avellaneda acuda a las reuniones, todo ello con gran discreción como corresponde a su fama y a su estado de viuda honesta y retirada, que vive con su madre. Con la sinceridad que la caracteriza, la Avellaneda explica al nuevo amigo cuál es su verdadera situación:

«Escucha, ya que te hablo de estas cosas. Mi posición es indudablemente la más libre y desembarazada que puede tener un individuo de mi sexo en nuestra actual sociedad. Viuda, poeta, independiente por carácter, sin necesitar de nadie, ni nadie de mí, con hábitos varoniles en muchas cosas, y con edad bastante para que no pueda pensar el mundo que me hacen falta tutores, es evidente que estoy en la posición más propia para hacer cuanto me dé gana, sin más responsabilidad que la de dar cuenta a Dios y a mi conciencia: pero a pesar de todo sucede que no hay en la tierra persona que se encuentre más comprimida que yo, y en un círculo más estrecho. Aquí ves confirmado lo que te decía ayer de que aún la libertad individual es una quimera. Tengo una madre a cuyo lado vivo, a la que he hecho sufrir mucho por mis excentricidades, y a la que ahora, en su vejez, procuro complacer tanto como antes la he contrariado. Mi santa madre, amigo mío, que llora y se desconsuela cuando la dejo entrever la posibilidad de que algún

día me meta en un convento fastidiada del mundo, lloraría todavía más si sospechase que a pesar de mi aburrimiento de todo podía tener un amante. Sabe que hace muchos años que vivo para ella únicamente, y para la literatura, con la cual he logrado reconciliarla; me supone incapaz de nuevos afectos y estoy cierta de que se alteraría mucho nuestra paz doméstica si llegase a ver que se ha engañado. ¡Es tan feliz cuando vé que sólo dejo la pluma para rezar con ella el rosario y las novenas de Santa Gertrudis!... Hay aún más. He tenido, tengo y tendré, grandísimo respeto al nombre que llevo: al nombre que me ha dado el más noble de los hombres: no quisiera por cuanto hay en el mundo dar motivo a una justa censura... La calumnia no me hiere; estoy avezada a despreciarla; pero me lastimaría el confesarme a mí propia que he prestado motivos verdaderos a que se me impute no respetar el nombre de aquel que tanto estimé. El depósito de aquel honor me es más sagrado que mi propia reputación. Cuando era soltera jugaba sin escrúpulos esta última, por ostentación de libertad; ahora, viuda, no me creo autorizada a hacerlo...

Adiós, Antonio, hasta mañana. Este mundo es horrible: las almas grandes no caben en él; se ahogan. ¡Que no pudiera yo irme contigo a un desierto de América!...»

A partir de este momento las cartas de la Avellaneda son desordenadas y tumultuosas como los sentimientos que experimenta. Roto el incógnito, entran de lleno en el terreno de la pasión amorosa. La expresión es espontánea y sencilla como de un corazón leal. Las confidencias que le hace a Antonio tienen un gran valor autobiográfico, ya que habla de su experiencias anteriores. Inspirándose en la famosa frase de madame de Stael «Las almas poderosas no se agotan jamás; renacen como el Fénix de sus propias cenizas», la Avellaneda reconoce que las cuerdas de su corazón empiezan de nuevo a vibrar al soplo de la brisa amorosa. En las líneas que copiamos a continuación, la Avellaneda hace alusión a los episodios de su vida referentes a Tassara y a su esposo Sabater:

«Por mi parte sólo te diré que una sola vez he creído amar. El amor, tal cual yo lo concibo y lo he menester, no he hallado quien me lo inspire, ni quien lo sienta por mí. Pero abrigué largo tiempo un sentimiento enérgico, único de su especie que he sentido. No fui víctima de un abandono vulgar: mi desgracia consistió en que me dejé subyugar por las cualidades de la inteligencia sin cuidarme de las del corazón. No concebía entonces que pudiese un hombre comprenderlo todo y no sentir nada: me parecía imposible la amalgama de un pobre corazón con una rica cabeza. Alucinada por la simpatía de las ideas no eché de ver, sino tarde, que había en otras regiones de nuestras almas una divergen-

cia absoluta; una inarmonía eterna. Cuando lo conocí mi orgullo me empeñó en un imposible: quise asimilar lo que era heterogéneo. La lucha comenzó; fue larga; fue terrible; y acabó por cansar la parte más débil, que no era yo. No cesó él de amarme; fue que comencé yo a comprender que no podía haberme amado nunca. Murió mi amor por último; pero murió no al golpe de un abandono común; murió porque pude exclamar como Santa Teresa al hablar del diablo: «Compadezco a aquel infortunado que no puede amar.»

Tres meses después me casé. Esto explica el por qué no me inspiró amor mi marido. Hallaba en él todo lo que había buscado en el otro, pero había perdido la fe. Me había maleado en la pasada lucha. Si pasado aquel período tristísimo de desaliento y desconfianza me hubiera presentado el cielo al hombre excelente que me unió a su destino, estoy cierto de que todo lo que me daba y me pedía lo hubiera recibido de mi alma. Mi corazón no estaba muerto, sino ulcerado. Pero cuando empezaba a curarse, cuando brillaba para él la aurora apacible de un nuevo día, entonces fue cuando perdí a mi médico, a mi amigo, a mi buen ángel: entonces el dolor se entronizó en donde antes el tedio. Así he llegado a esta época de mi vida sin más recuerdos hondos que los de dos grandes infortunios: el de un amor mal colocado y el de una felicidad pasajera, que ni aún supe apreciar sino después de haberla perdido. Objeto de un grande amor que me fue arrebatado cuando empezaba a conocerlo; víctima de un amor loco que supe sentir conociendo su locura, jamás he sido feliz ni he hecho feliz a nadie. Ahora tú eres, no yo, quien debe juzgarme. ¿Debo amar todavía?, ¿merezco ser amada?, ¿me es permitida la esperanza de una ventura tal como la que tú me ofreces?... En cuanto a mi propia opinión sólo podré decirte que el amor que sentí, aquel amor que me hizo padecer tanto en mi orgullo y en mi corazón, aquel amor que hoy me parece un sueño doloroso, me ha dejado en el alma mucho miedo y mucha desconfianza.»

En este nuevo amor está vacilante, medrosa, tiene cierta desconfianza y recela de Antonio, del que teme que vaya en busca de una vulgar aventura. Tiene miedo al engaño, y a pesar de las bellas cosas que él la dice y de la promesa de ser su amigo, su hermano, el esposo de su alma, recela que vaya a llevarla al terreno del amor vulgar, y que no ambicione otro triunfo que el de un goce de la vanidad o de los sentidos.

La Avellaneda prosigue en el análisis de sus sentimientos, y en la carta admirable del 27 de abril se atreve a decirle a Antonio todo lo que piensa y siente:

«Antonio, te he escrito larga y desordenadamente. Te he dicho

cuanto leo en mi pecho por ahora. Sólo añadiré otra cosa, aunque no quisiera tocar más ese punto. No soy ángel, pobre de mí; ¡no soy ni tan poderoso como tú te pintas sobre tus sentidos! Ninguna mujer te diría lo que yo voy a decirte; pero yo sí. Escucha: creo, siento que más tarde o más temprano llegará un momento en que toda la pureza de mi amor no sea bastante a hacer insensible a mi cuerpo: que habrá un momento en que ni sepa ni quiera negar nada a mi corazón ni al tuyo: un momento fatal en que sólo quiera unirme a ti de todos modos, sin pensar en más; pero es verdad también que aquel momento sería el último de mi dicha; que desde aquel momento, Antonio, no podría amarte como deseo amarte. No creas que exagero: hay misterios inexplicables en ciertas naturalezas. Yo soy una de ellas. Yo sé que no podría amar al hombre que podría creer que yo me avergozaba a sus ojos. Yo sé que no podría amar al hombre que podría pensar que mi flaqueza me ponía en el caso de reputar a honra el que me diese algún día un título más legítimo si llegase el caso de que fuere menester. Yo sé que la sola idea de que me colocaba respecto a mi amante en posición desventajosa era bastante para sublevar mi orgullo y aniquilar mi amor. Sería capaz de entregarme al hombre que no me inspirase sino un capricho pasajero, antes que al que me hiciese sentir un amor profundo: porque cuando amo, necesito ser estimada, muy estimada. Necesito saber que estoy muy alta delante de aquel que me he escogido por dueño.

Ahora bien, de ti dependerá todo. Tú puedes ser *mi ángel, el esposo de mi alma*; y puedes ser *mi amante, el esposo de mi cuerpo*. Tú escojerás, y yo te anuncio desde hoy el resultado final: es éste. Tu complejo triunfo sería la ruina de tu dominación en la región elevada de mi ser. Tu renuncia de ciertos derechos te asegurará la soberanía sobre mi alma; pero si la haces has de hacerla de veras, invariable, completa. Completa, Antonio, porque a la naturaleza no se le debe dar algo cuando no se le puede dar todo: porque nos mataríamos con estériles besos.

¡Oh Dios! ¡Qué cosas te digo...! ¿Qué mujer se atreverá a firmar esta carta?... Yo, Antonio, yo que soy siempre tu leal y franca Gertrudis.»

Esta carta, sin duda, debió de asustar a Antonio Romero Ortiz porque no contesta según su costumbre de escribir a diario, y además no acude a la tertulia de Eloísa, como era habitual. Ni siquiera escribe unas líneas a la Avellaneda, a la que el día anterior comunicó que se sentía enfermo. La Avellaneda, perdida ya toda medida, da rienda suelta a su imaginación. «Antonio —dice—, si estás malo, quiero ir a tu casa; quiero verte a ti solo un momento.» Las expresiones de cariño

salen irrepríblemente de su pluma, y le llama «querido mío». Aquí aparece la mujer impetuosa que rompe trabas y deshace obstáculos; es esta mujer la que, sin duda, asusta al amante Antonio, como en otros tiempos asustó a Cepeda.

Durante unos días la correspondencia no es tan asidua, se escriben cada dos o tres días, ya que las muchas *ocupaciones* de él no se lo permiten. Ya no pasean por los jardines de la plaza de Oriente ni conversan sobre su amor. La Avellaneda pasa por todos los extremos, ella misma lo reconoce en la carta del 3 de mayo: «Mi carácter cambia en horas, en minutos; toca todos los extremos con igual rapidez, lo cual, dicho sea de paso, sino prueba la fuerza del alma, indica al menos su agilidad.»

El 5 de mayo esta lejanía del amado le produce un estado de exasperación y de tremendo enamoramiento. Ya no hay fronteras para el disimulo de la pasión. Como en sus mejores cartas juveniles a Cepeda, la Avellaneda escribe con sinceridad impresionante:

«Sí, Antonio, yo te amo, eso es una verdad, pero quieres también que te explique *cómo te amo*, y eso lo expresaré mejor cuando no quiera que cuando de intento me ponga a definirlo aquí la escritora describe su amor espiritual. He aquí cómo te amo algunas veces, como quisiera amarte para siempre; como debo amarte si aspiro a ser feliz por el amor. Pero desgraciadamente, en mi organización desventurada todos los extremos se tocan: cuando te veo, cuando te oigo, cuando respiro tu aliento, cuando me haces una caricia, me arrancas súbitamente de mi región encantada, me haces desear delicias terrenales, me das fiebre, Antonio, una fiebre tal que me quedo enferma por muchas horas, me transformas en una mujer vulgarísima; me haces avergonzar de mí misma y de la flaca naturaleza humana...; en fin, te amo entonces con un amor tan violento como receloso, tan ambicioso como impotente: con un amor que logrando cuanto anhela no sería feliz: que dándolo todo no daría nada. Sí, te amo entonces con pasión pero con cólera contra ti y contra mí, y contra la naturaleza: te amo dudando de tu corazón y del mío, porque en tales momentos me parece muy dudoso que sea algo eso que llamamos corazón: en esos momentos, querido mío, me pregunto con pavor si es cierto que el hombre está llamado a más alto destino que el que ve en el bruto; si no ha nacido, lo mismo que éste, para multiplicarse y morir..., me parece entonces que lo que llamamos alma, sentimiento, idea, acaso no son en suma sino seducciones que emplea la pícara naturaleza material para llevarnos ciegos a cumplir sus leyes: esas leyes que el bruto obedece por instinto, y que el *animal* pensador cum-

ple más fatalmente todavía, arrastrado por la esperanza de un bien mentiroso, irrealizable.

¡Oh! No sabré nunca explicarte lo que yo veo y siento y juzgo en estas cosas: no podré por más que diga hacerte comprender la lucha que hay entre mi orgullo de inteligencia y mi naturaleza de mujer apasionada: no se definen estas contrariedades, Antonio: se sienten, no se pintan. ¿Quieres saber cómo te amo?... Como tú quieras: ésta es la verdad. Con un afecto que no puede darte ninguna otra mujer; con una ternura y un idealismo infinito; con una felicidad íntima y duradera... y también puedo amarte como Safo a Faon...

Y, sin embargo, en medio de aquellas tempestades del alma, que se venga tan cruelmente en mí, de los momentáneos triunfos de mi otra naturaleza terrestre, sucede que te amo locamente, y te llamo *mon homme*, y me parece en aquel instante que no hay dicha mayor que ser tuya de todos modos; tuya por todos los vínculos posibles. Una hora después, por cuanto existe en el orbe no querría que se me cumpliese semejante deseo: por cuanto hay no querría dar un destino vulgar a este hermoso sueño que encanta a mi alma: a esta página de mi vida en que has escrito con rasgos originales y nuevos el nombre de Armand; de Antonio. Pero otra hora después vuelvo a verte y entonces..., entonces digo que sólo a Dios se puede amar en *su esencia incomprensible*; que tú eres mi amante, mi esposo, que mi idealismo es una locura, una profanación..., que la felicidad del amor está en tus brazos y no en mis sueños: entonces, Antonio, quisiera inventar lazos todavía más estrechos que los que conocemos, y más corpóreos, y más sensibles, para ligarme a ti con todos ellos.»

Los amantes vuelven a verse, y se escriben una hora después de separarse. La mujer a la que todos consideran un carácter de hierro, y una «especie de máquina que produce ideas» se enorgullece de su corazón enamorado, y hace gala del sentimiento más que de la razón, conforme a la teoría romántica de la superioridad del hombre sensible: «Yo perdono que me nieguen el talento, pero me lastima hondamente el que quieran aislarlo de su origen; de su origen, si, porque creo como Pascal que los grandes pensamientos nacen del corazón: creo que si es algo mi inteligencia se lo debe a que es mucho mi poder de sentimiento. Hubo un crítico sin alma que tuvo el antojo de decir que mis escritos no eran más que ingenio, que no había en ellos corazón, y desde entonces no hay tonto en el mundo que no crea acreditarse de buen criterio repitiendo aquella estupidez. Antonio, por Dios que no dudes nunca de ciertas cualidades mías, me harías mucho mal. Te permito, si es menester, que me creas estrambótica, de carácter voluntarioso y desigual; de ideas extravagantes...,

todo eso, y más: pero hay cosas que no podría perdonarte: no dudes nunca ni de que soy un gran corazón, ni de que soy un alma sincera y leal.»

En las sucesivas cartas la Avellaneda prodiga las expresiones de cariño, le llama «vida mía, feo querido, mi amigo y mi todop». Parece que alguna vez él siente celos de algún contertulio de casa de Eloísa, y al enterarse de que Gertrudis se va a Carabanchel, desea vivamente una entrevista, ya que nunca pueden hablarse a solas, y en los teatros todo el mundo los reconoce, y el mal tiempo no permite, a veces, los paseos por la plaza de Oriente.

La Avellaneda, como una niña enamorada, escribe algunas líneas en sus cartas de una ingenuidad y de una ternura maravillosa:

«Adiós; si te resuelves a ir esta noche a casa de Eloísa, te veré allá, y te encargo que te despidas antes de las once y media, hora en que cierran la puerta de abajo. De ese modo podrás detenerte un momento en la escalera, y saldré yo para mi cuarto en seguida, y te daré un beso antes de entrar. Adiós, esposo mío. Tu G. de su A. (Gertrudis de su Antonio).

El 9 de mayo ha sucedido algo tan grave que la Avellaneda escribe una carta, por la que se adivinan las alteraciones que ha habido entre ambos, así como la atrevida insinuación de Antonio para procurarse una entrevista:

«¿Qué puedo prometerme de un amante —escribe la Avellaneda— que *me exige* descortesías; que me manda con tono de *marido*? ¡Ah! Si tal hombre llegase a ser marido realmente, sería capaz de darme bofetadas; sería capaz de querer que yo besase los labios con los que acababa de pronunciar dicerios contra mi corazón. Soy una altiva, Antonio; soy además muy delicada: se me domina fácilmente con el poder del amor y de la razón; pero soy de hierro contra la fuerza brutal. Casada con un hombre de cierto carácter, sería capaz de asesinarlo si no hallaba otro medio de romper un vínculo humillante. No casada, claro está que no habría nada que me hiciese sufrir dos días la tiranía grosera de un carácter semejante. Mi alma no acepta por caricias las desolladuras.

Dices que quieres verme a solas, y me hablas de que hay *casas* donde puedes llevarme. Antonio, creo que has perdido completamente el juicio; lo creo porque es lo mejor que puedo creer. ¿Me supones mujer que se deje conducir ni por ti ni por nadie a *casas* que no conoce? ¿Le he dado a nadie el derecho de despreciarme? No por cierto, ni se lo daré jamás...

Yo no sé si debemos volver a vernos: me parece que sería más conveniente para ambos cerrar con esta página la historia de nues-

tro conocimiento. Sin embargo, Antonio, no me niego a escucharte si así lo exiges, y si puedo prometerme que no resulten de tal conferencia nuevas ofensas para mí...»

Esta carta es una despedida. El 10 de mayo vuelve a escribirle la Avellaneda, le devuelve las cartas, al tiempo que le pide las suyas para romperlas. Deben de verse, sin duda, los amantes, con el pretexto de la devolución de cartas, y lo que sucede se refleja de nuevo en la correspondencia. Al parecer se han puesto tiernos, han debido mediar explicaciones persuasivas y caricias, porque en las cartas siguientes la Avellaneda vuelve a amarle locamente, y le llama Antonio mío, y hasta le refiere sucesos graciosos de la tertulia en la sala de su casa, como los ensayos de magnetismo:

«Hijo, no sé apenas lo que te escribo: hay en mi sala un ruido infernal: mis hermanos traen en movimiento todas las mesas de la casa, de la de Eloísa, un ejército de magnetizadores, que me han hecho dar vueltas como una rehilandera, en castigo de mi incredulidad. Yo, en venganza también, les he probado mi poder magnético haciendo bailar yo sola con el leve contacto de mis dedos meñiques, una tablilla de pino. Aún más: la hice girar de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha, sin cambiar la posición de mis manos, por solo el poder de mi voluntad. Este gran descubrimiento me ha traído hoy a dos amigos de mis hermanos, que han querido verme hacer nuevas pruebas; pero sólo he conseguido otro descubrimiento más, y es el de que no poseo siempre que quiero la facultad maravillosa que desplegué anoche. La pícara tabla, que ayer me obedecía como un perrillo faldero, hoy ha estado indócil hasta la insolencia, lo cual me ha puesto de mal humor.»

Entretanto, en medio de estas peripecias sentimentales, la Avellaneda prepara para la escena su obra «La Aventurera», que se estrenará el 25 de mayo, así es que solicita de Antonio que le escriba una gacetilla en «La Nación» anunciando que ya están vendidos todos los palcos y las butacas de lunetas. A continuación le cita en el cuarto de la actriz Teodora Lamadrid, a donde acudirán los amigos para saludarla. Después del estreno ve con sorpresa que Antonio ha sido el único de los amigos que no ha ido a saludarla y le pide explicaciones: «Las cosas indecisas me son antipáticas; los términos medios se ligan mal con mi índole decidida», y más adelante añade: «Soy, no lo olvides, tan delicada como impresionable: tan apasionada como soberbia.» Estuvieron a saludarla Tassara, Harzenbusch, León, Escosura, Navarro, Martínez de la Rosa y otros.

Con una inquietud enorme, un desasosiego atormentado, la Avellaneda le reprocha su tibieza, sus exigencias y su conducta ac-

tual. De sus palabras se deduce que algo importante y decisivo ha pasado para que la situación cambie:

«¡Antonio! El hombre que era el esposo de mi alma se convirtió en el amante de un día..., no te ofendas: yo no quiero decir con esto que valgas menos a mis ojos, no: pero es cierto que yo no podré jamás pertenecer eternamente a ningún hombre a quien haya pertenecido pasajeraamente. En mi alma rara hay una impotencia fatal de conciliar ciertas cosas: esto es inexplicable. El hecho es que todos nuestros disgustos traen su origen de una sola locura. Que después de ella todo parece haber conspirado contra nuestra dicha, y que ésta ha cesado de ser posible.»

El estreno de «La Aventurera», las emociones de los últimos días, producen en la Avellaneda un estado de excitación que le hacen enfermar. En la siguiente carta, ella describe el estado en que se encuentra:

«Mi médico, que acaba de irse, me prohíbe salir de casa. Dice que tengo algo de calentura y que no cree que sea del constipado, sino del estado general de la sangre, que, según expresión, está siempre en mí *hirviendo*, pero en estos días más que *hirviendo*: *requemada*.»

La Avellaneda se traslada con su madre a vivir a Carabanchel, y ya instalada sigue la correspondencia con Antonio, aunque de las cartas se deduce que las relaciones son simplemente de amistad. El 4 de junio le suplica que le traiga las cartas, ya que se marcha a Ontaneda, en vez de Biarritz, y necesita sosiego con ellas en la mano.

Después de varios meses de silencio, el 11 de noviembre, la Avellaneda vuelve a escribir al amigo, pero ahora ya el tono es diferente. Encabeza la carta con: «Mi estimado Antonio». y como abogado le propone algunas preguntas que le son indispensables para terminar su drama «La sonámbula».

El 3 de diciembre la escritora le ofrece su casa en la calle de San Quintín, número 8, tercero derecha, pues ya ha dejado su retiro de Carabanchel. Le escribe a «La Nación», ya que ignora donde vive. Finalmente, una última carta cierra definitivamente este período sentimental; el 10 de febrero de 1854 la Avellaneda escribe un billetito al amigo, al que llama de usted, para pedirle que inserte un anuncio en «La Nación». Le dice:

«¿Cómo está Rúa? Deseo mucho saber noticias tuyas, y ver a V. pronto, pues cuando logré en días pasados ese gusto, no sé

por qué me hallé *atontada* y tan estúpidamente turbada que no acerté a hablar a V. de una porción de cosas que debía decirle.»

Todo ha quedado en nada. Ella buscaba un esposo, él una aventura. Ambos se han defraudado. Pasarán muchos años y en el 68 volverán a aparecer cartas de la Avellaneda a Romero Ortiz, donde respetuosamente le recomienda a un amigo. Todavía en el año 70 ella le envía los cuatro tomos de su obra completa.

Recientemente esta correspondencia, que permanecía en una carpeta reservada en el Museo del Ejército, en el legado de Antonio Romero Ortiz, ha sido publicada por el capitán don José Priego, que también ha escrito una tesina inédita sobre la figura del destacado político, que fue protagonista de este episodio amoroso en la vida de la Avellaneda.—CARMEN BRAVO-VILLASANTE (*Arrieta*, 14. MADRID-13).

POSDATA SOBRE JOSE BERGAMÍN

«Cruz y raya»: una revista que habla por sí misma

La reciente publicación de una antología de textos de *Cruz y raya*, escogidos y presentados por José Bergamín (1), ha vuelto a plantear el problema perenne de la falta de información adecuada sobre la revista y su director. Las preguntas: ¿Qué fue *Cruz y raya*? y ¿cuál fue el papel que desempeñó Bergamín en ella? no han sido contestadas todavía de modo satisfactorio. A pesar de la aparición no sólo del prólogo de Bergamín para esta antología, sino también de su explicación más amplia y detallada del sentido que, a su modo de ver, tuvo la revista (2), *Cruz y raya* y su director siguen provocando las reacciones más equivocadas. Basta leer el texto de la entrevista que hizo César Alonso de los Ríos a Bergamín el año pasado (3) y las cartas que se cruzaron entre Bergamín y Jean Bécarrud en el otoño (4) para darse cuenta de que en las cenizas de esta revista muerta quedan unos sugerentes rescoldos que, cuan-

(1) «Cruz y Raya. Antología», ed. José Bergamín, Madrid, ed. Turner, 1974.

(2) José Bergamín: «Signo y diseño de 'Cruz y Raya' (1933-1936)», estudio preliminar a la reimpresión de «El Aviso», ed. Detlev Auvermann/Kraus Reprint, Nendeln-Liechtenstein, 1974.

(3) César Alonso de los Ríos: «José Bergamín y su 'Cruz y Raya'», en «Triunfo», 13-VII-74, pp. 34-37.

(4) i) «Bécarrud y 'Cruz y Raya'» (carta de Bécarrud), en «Triunfo», 21-VIII-74.

ii) «Respuesta de J. Bergamín a J. Bécarrud» (carta de Bergamín), en «Triunfo», 12-X-74.